



**Número 7**

Diciembre de 2002



**Artículo:**

**Los poetas se negaron a morir: el rol de la autoría en la comunicación literaria.**

**Autor:**

*Erasto Antonio Espino Barabona*

**Universidad de La Sabana**  
Facultad de Comunicación Social y Periodismo  
Campus Universitario, Puente del Común- Chía  
Teléfono 8615555 Ext:1907-1908  
A.A:140013 Chía  
<http://www.periodismo.edu.co>  
Chía, Cundinamarca

# ***Los poetas se negaron a morir:*** **el rol de la autoría en la comunicación literaria**

## **Resumen**

La producción y comprensión del texto literario supone una particular comunicación entre dos sujetos: el autor y el lector. En la misma se ponen en juego problemas humanos fundamentales como lo son la cuestión del otro y del sentido: ¿Para qué escribimos? ¿La labor escritural y lectora puede y debe ayudarnos en nuestra búsqueda de sentido? ¿Cuándo leo, puedo prescindir de la comunicación con ese *otro* que es el autor y buscarme sólo a mí mismo? El texto intenta responder a estas y otras interrogantes, tomando una distancia crítica frente a algunas posturas teóricas que al explicar la comunicación literaria, minusvaloran la función semiótica del rol del autor.

**Palabras clave:** autor, lector, comunicación literaria

## **Erasto Antonio Espino Barahona**

Egresado del Colegio Javier y Licenciado en Humanidades con especialización en Español, de la Universidad de Panamá.

*Magister* en Literatura Hispanoamericana, del Seminario Andrés Bello del Instituto Caro y Cuervo de Santafé de Bogotá. Actualmente cursa estudios en la Maestría en Educación –ámbito de Lectura y Escritura- de la Pontificia Universidad Javeriana.

Vinculado desde hace un lustro a la Universidad Católica Santa María La Antigua (USMA). Ha sido Coordinador Académico de Lengua, Literatura y Estudios Bibliográficos y Director del Servicio Social Universitario. Dicta, además, de Lengua y Literatura y Cátedra de la Cultura dentro del Programa de Estudios Generales, el curso de Ética en la Literatura en el Postgrado de Estudios Éticos. Forma parte del Consejo Editorial de la Revista *La Antigua* y es representante por la Facultad de Humanidades ante el Consejo de Investigación de la misma Universidad.

2

Es miembro del Círculo de Lectores de la USMA y del Círculo Lingüístico Ricardo J. Alfaro.

Ha sido jurado del Concurso Nacional *Ricardo Miró* (sección poesía), del Premio Pedro Correa Vásquez (INAC 2001), del Rodrigo Miró Grimaldo (sección ensayo), del premio Stella Sierra, del Certamen Literario Obrero del IPEL y del Concurso de Poesía del Club Unión.

Fue asesor literario, organizador y ponente del I Congreso Internacional de Literatura Panameña, *Literatura y Nación*, auspiciado por la Florida State University y la Biblioteca Nacional.

Ha ejercido como facilitador de varios seminarios-talleres, tales como: “Cultura Literaria y Creatividad”; “Ética, Literatura y Sociedad”, “Ethos panameño y Literatura”.

Además ejerce la crítica y la investigación literaria en la prensa local y en publicaciones especializadas tales como *Maga* y *La Antigua*, así como en *Espéculo* de la Universidad Complutense de Madrid y en *Southern Eastern Latin Americanist* de la *University of Central Florida*.

# ***Los poetas se negaron a morir:*** **el rol de la autoría en la comunicación literaria**

*Erasto Antonio Espino Barahona*

La *comunicación literaria* constituye un proceso peculiar de interacción, de diálogo y de encuentro que se instaura –mediante la escritura y la lectura- entre dos sujetos: el autor y el lector.

Y aunque las necesidades e intereses que mueven a ambos en esta relación son variados e innumerables, pueden ubicarse dos problemas actualmente presentes en este tipo de comunicación, así como en otros discursos sociales. Precisamente ya en el umbral de este siglo, Sergio Zavoli<sup>1</sup> afirmaba -con la pasión que le es característica- que son dos los problemas capitales del hombre contemporáneo: el problema del otro y el problema del sentido. No parece errado el diagnóstico del célebre periodista y hombre de cultura italiano, sobre todo si miramos los derroteros de las ciencias sociales y el devenir mismo de nuestra sociedad.

En efecto, ¿no asistimos cada vez más a una búsqueda constante del sentido o sea de razones que justifiquen y sostengan la existencia personal y colectiva? ¿No son las ciencias sociales un escenario poblado de preguntas relativas al entendimiento del *otro* cultural y político y de indagaciones en torno al lenguaje, el diálogo y la interpretación?

Una de las prácticas intelectuales que mejor dieron cuenta de estas interrogantes fue la “aventura semiológica” de Roland Barthes (1915-1980). Inquieto y polémico, su voz constituyó un aporte fundamental a la construcción de la semiología, ese saber de los signos, que él se resistía a llamar –en despecho de Pierce y a favor de Saussure- “semiótica”.

En el marco de la preocupación contemporánea sobre el sentido, Barthes promovió una manera nueva de leer, alejada del exceso de biografismo imperante hasta aquel entonces. Lectura en la que a partir del fluir de la misma escritura<sup>2</sup>, el lector se4

convertía en el artífice del sentido del texto. Barthes inauguró así –por vías distintas a las de Iser y Jauss- la llamada “hora del lector”, de manera que el eje de interpretación se cifraba no ya en el autor sino en el recorrido entre el texto y el receptor y, más aún en el trabajo (hedónico) del lector sobre el texto mismo.

El gesto teórico y crítico de Barthes tuvo buena fortuna. Además de ser acogido por buena parte del discurso académico internacional, permitió centrar la mirada sobre el otro extremo de toda operación semiótica: el lector. Sujeto que actualiza y concreta el proceso de sentido propuesto por toda obra, al ejecutar el acto de lectura.

Ahora bien, luego de unos años de euforia en torno a la semiosis del lector, se impone un balance. Recordemos que a finales de la década del 60 y sobre todo a lo largo de los años ochenta, se asistió en el mundo académico de los países metropolitanos (Vg. Europa y Estados Unidos) a una polarización del trabajo crítico en torno a la figura del lector. El texto y sobre todo el autor como factores semióticos vinieron a menos. Es quizás la hora de la autocrítica:

¿Cuando interpretamos un texto, es lícito prescindir del pensamiento del autor, o como bien dice Lázaro Carreter, de la “semiología de sentido del poeta”? ¿No nos enseñó acaso la Lingüística que todo acto de lenguaje –por ende un texto literario- cumple siempre una función sintomática o expresiva, esto es, da cuenta de su autor?

Y más aún, ¿no hemos descubierto a partir de la obra de Bajtin y de Habermas, que el diálogo y el encuentro de la voz del otro son las claves del acceso y de entendimiento en el discurso y en la misma colectividad social? En efecto, ¿no es el texto la oportunidad para entrar en relación con ese mundo posible que me ofrece el otro (autor)?

Pero si en el acto de lectura me entrego al placer retórico de leer solamente desde mi capital cultural, ¿no estoy convirtiendo la lectura en una suerte de acto monológico donde el texto es un pretexto? ¿Excusa para re-decirme sólo y nada más que a mí mismo? ¿Debe ser el texto sólo la piedra de toque para la autoliberación de la subjetividad?

No es extraño que, justamente en las sociedades más desarrolladas, aquejadas por el avance del individualismo, las prácticas críticas en torno al sujeto lector hayan tenido un auge abrumador. Leer desde “el otro” parece ser una práctica textual ajena a la poca solidaria cultura dominante que algunos denominan posmoderna.

Aunque es innegable que cada lector lee desde su horizonte de expectativas (curiosamente, dicho horizonte no es totalmente individual sino que está mediado – como diría Aumont (1992, 81)- por la “franja de historia” que nos tocó en suerte), y por ende, ninguna lectura es igual a otra. ¿Podemos acaso rehusar -de plano- el encuentro con esa intención autoral inscrita en el texto?

Cierto, el autor como sujeto generador del texto no agota las potencialidades semióticas de una obra. Sin embargo, prescindir de su existencia en un serio proceso de interpretación tiene todos los rasgos de una “maniobra irresponsable”, o para decirlo con palabras de Eco, una “sobreinterpretación”.

La Literatura –lo sabemos- es un acto de comunicación *in absentia* entre el autor y el lector mediada por el texto (ésta fue una de las grandes lecciones de la Retórica). Se ubica aquí la postura del último Eco (1997), cuando señala que la interpretación textual es una tensión –o si queremos un encuentro- entre tres intentos: la del autor, la del texto y la del lector<sup>3</sup>.

Por ende, aunque soy yo (lector) el que activo el sentido del texto, mi labor está mediada por una literalidad (obra) que ha sido cifrada por un autor, con una determinada visión de mundo –que me invita al diálogo o al debate- pero que no puede ser soslayada.

De los abusos del lector como lugar semiótico advirtieron, ya en la década pasada voces fundamentales del panorama crítico hispánico como los maestros Fernando Lázaro Carreter<sup>4</sup> y Antonio García Berrío.

Al respecto y sobre la “teoría del lector”, se pronuncia este último -actual Cátedrático de Teoría Literaria de la Complutense de Madrid-: “*Por ahora baste decir que, más allá de sus aportaciones razonables, creando la imagen del receptor como cierre del significado de unos mensajes que arrancan de las propuestas textuales creativas del autor o artista, la radicalización del papel del receptor, en los casos en que contribuye a desenfocar o discute, de hecho, el interés superior de la instancia creativa texto-autor y busca desvanecer la responsabilidad objetiva del significado estético, me parece una parcelación abusiva de la entidad literaria*” (García Berrío, 1994: 145).

Su alerta se vio justa y necesaria sobre todo en el plano de la lírica. Género subjetivo por antonomasia, donde el yo autoral se canta y se “ofrece” dialógicamente al lector. Poesía. Voz personal que busca otra que le escuche, le haga eco y dialogue con ella.

Eco señaló alguna vez que ante un texto podían asumirse dos posturas: usar o interpretar el texto<sup>5</sup>. Sobre esta dicotomía podemos afirmar que el género poético “pide” sin duda, un lector. Pero un lector que no use el texto sino que lo interprete para salir de sí mismo y encontrarse en un espacio de sentimiento e ideas plasmado por el autor.

No se puede realizar un acercamiento cabal al texto poético, dejando de lado la *intentio auctoris*. Sin duda, la lectura de textos poéticos no le pide al lector que deje de ser él, pero sí le solicita una disposición, un *ánemos* que no es otro que el de la escucha. La escucha de un otro que la tradición literaria denomina “el autor”.

Cuando Barthes publicó en 1968, su célebre artículo “La muerte del Autor”, cumplía un gesto necesario al hacernos saber el esencial lugar del texto y del rol del lector. Pero, quizás, no contaba que en la batalla por el sentido y en el despliegue de la comunicación que éste comporta, el autor volvería -de la mano de los ensayos biográficos y de la crítica de autor- no para reimponerse como tirano y dueño de la interpretación, sino para decirnos que no puede hacersele a un lado.

Es a lo que apunta Leonor Arfuch (1995: 97-98) cuando en su libro *La entrevista, esa aventura dialógica* señala que: “...después que el estructuralismo contribuyera a poner entre paréntesis al autor, concentrando su atención en la obra como un universo”<sup>7</sup>

*autosuficiente, y en el narrador, figura construida en el texto, diferente y distanciada del escritor 'de carne y hueso', vuelve a adquirir relevancia para la interpretación, la confrontación textual con tramas biográficas, voces de interioridad a menudo equívocas, escrituras que operan en los márgenes de su propia producción (diarios íntimos, secretos, correspondencias privadas, biografías ficcionales, borradores, cuadernos de notas, etc.)".*

Lo anterior no hace más que re-validar una verdad incuestionable: en la Literatura hay siempre un *yo* que habla y un *tú* que escucha<sup>6</sup>. Hay un carácter **dialógico** en todo discurso literario, una **estructura comunicativa** subyacente que propicia el **encuentro** de las voces textuales y de los sujetos que –en a través de la lectura y escritura- producen o se apropian del texto. Por ello, cuando en la lectura de un poema solo dejo que mi “yo” se diga y escuche a sí mismo, me pierdo el encuentro con ese *otro* –autor- que vive y palpita en el texto.

Allí, inscrito en los pliegues textuales del libro, habita un *yo* autoral que continúa hablando –alto y claro- y que –si sé escucharlo- me dice *su* propia historia y contra todos los pronósticos, afirma que *los poetas se negaron a morir...*

## NOTAS

1 Sergio Zavoli. Intelectual y periodista italiano de relieve. Llamado con razón “decano del periodismo italiano”. Ex-director de la RAI (cadena pública nacional e internacional de Italia). Es considerado una de las voces más autorizadas de la *intelligenzia* laica de su país.

2 "La escritura es una función: es la relación entre la creación y la sociedad, es el lenguaje literario transformado por su destino social, la forma captada en su intención humana y unida así a las grandes crisis de la Historia (...) La escritura nace de la "reflexión del escritor sobre la función social de su forma", es "la moral de la forma, la elección del área social en el seno de la cual decide situar la naturaleza de su lenguaje". Véase "escritura" en **Diccionario de Retórica, Crítica y Terminología Literaria**. Marchese, Angelo y Forradelas, Joaquín. Barcelona: Ariel, 1986, 139.

3 Eco, Umberto. **Interpretación y sobreinterpretación..** Madrid: Cambridge University Press, 1997, págs. 56-103



4 El académico español no niega el rol del lector en el proceso de comunicación literaria, pero se opone a la exclusión del autor, dentro de la lectura y/o interpretación que toda obra exige. Cfr. Lázaro Carreter, Fernando. **De poética y poéticas**. Madrid: Cátedra, 1994.

5 Cuando se lee un texto desde las coordenadas inscritas efectivamente en el texto, Eco habla de “interpretación”. En cambio, “usar” el texto –desde la perspectiva del autor de Lector in fabula- es utilizar el texto para los propios fines lectores, más allá de las mismas estrategias del texto. Cfr. Eco, Umberto. *Idem*

6 Ese gran lingüista y literato español Amado Alonso dejó claro –mucho antes que la Estética de la Recepción- que la obra es siempre un encuentro de “dos espíritus” (autor-lector) o, como diríamos hoy, “dos horizontes de expectativas”. De hecho, Alonso ha señalado que:

"En todo instrumento o procedimiento de comunicación, aun en los más prácticos, la admisión de una intención ajena es condición implícita para que comprendamos el mensaje (...) A estos signos materiales de comunicación que tienen la virtud de seguir comunicando su encargo aun después de ausentado el hombre que los ha hecho, aun después de desaparecido y muchos siglos después de muerto, la filosofía llama espíritu objetivo, o, como creo mejor, espíritu objetivado.

Espíritu objetivado ya libre y, en cierto modo, autónomo, capaz de producir sus efectos por sí mismo cada vez que otro hombre lo enfrenta. Pero la condición para que ese espíritu objetivado sea realmente espíritu, la condición para que en unas rayas, en unas figuras, haya espíritu, es que un espíritu subjetivo y actualmente personal se enfrente con él y vea en él la huella intencional de otro espíritu subjetivo y personal. El llamado espíritu objetivo no es más que un puente entre dos espíritus subjetivos y personales".

Amado Alonso citado por Manuel Ángel Vázquez Medel. “Amado Alonso, más allá de la estilística” en GITTCUS - Número 2.

<http://www.quadernsdigitals.net/articuloquaderns.asp?IdArticle=2448>

## BIBLIOGRAFÍA

1. Arfuch, Leonor. **La entrevista, una invención dialógica**. Barcelona: Paidós, 1995.
  2. Aumont, Jacques. **La imagen**. Barcelona: Paidós, 1992
  3. Eco, Umberto. **Interpretación y sobreinterpretación**. Madrid: Cambridge University Press, 1997.
  4. García Berrío, Antonio. **Teoría de la Literatura. La construcción del significado poético**. Madrid: Cátedra, 1999.
  5. Lázaro Carreter, Fernando. **De poética y poéticas**. Madrid: Cátedra, 1994.
  6. Thody, Philip y Ann Course. **Barthes para principiantes**. Buenos Aires: Era Naciente SRL, 1997.
  7. Vázquez Medel, Manuel Ángel. **Amado Alonso, más allá de la estilística** en *GITTCUS* - Número 2 reproducido en: <http://www.quadernsdigitals.net/articuloquaderns.asp?IdArticle=2448>
-